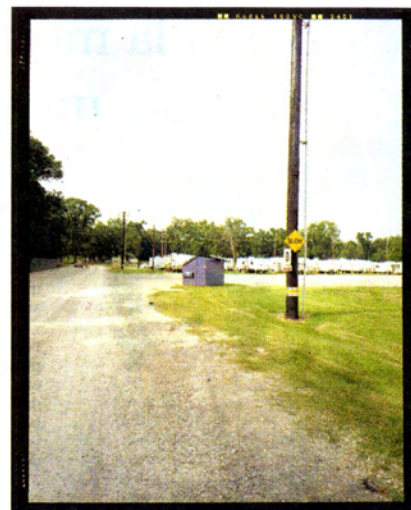
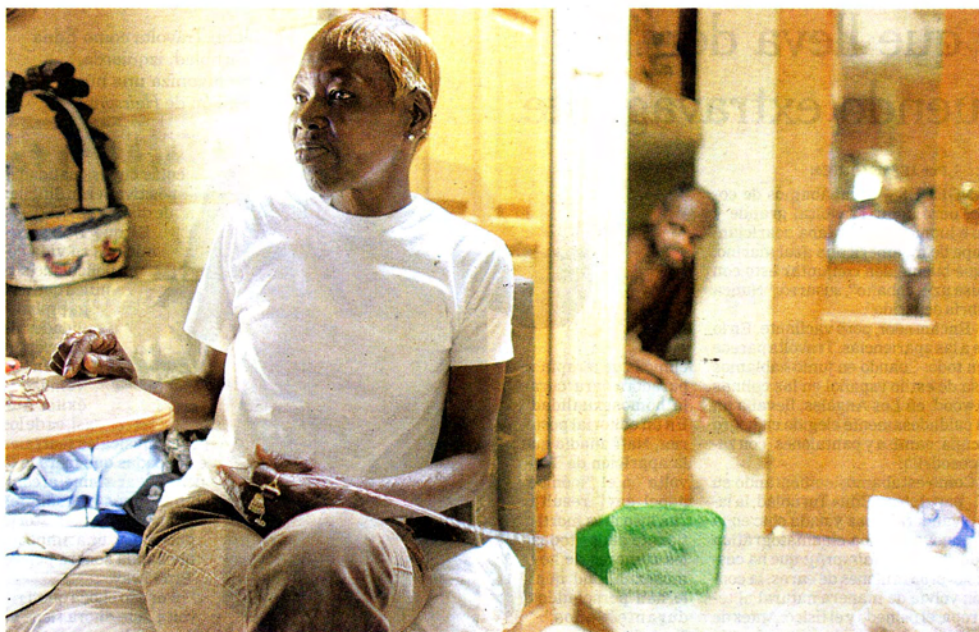


VIDA AMERICANA



Fred R. Conrad/The New York Times;
Lee Celano para The New York Times, izquierda

Un árido camping de caravanas del Organismo Federal para la Gestión de Emergencias es el hogar de Gwendolyn Marie Allen. Vive con su hijo esquizofrénico y su hermano discapacitado.

Volver a empezar tras el Katrina es imposible para muchos

Por SHAILA DEWAN

CONVENT, Luisiana — Cindy Cole no se imaginaba así su vida a los 26 años: alojada en un camping de casas móviles llamado Sugar Hill, embudito entre las refinерías y los campos de caña de azúcar de la diminuta población de St. James Parish, a 30 kilómetros del supermercado más cercano. Manteniendo a tres niños pequeños sin otra cosa que ayudas gubernamentales, sin un lugar para que jueguen, sin guardias de seguridad y sin ningún sitio adonde ir.

Se supone que Cole debería estar pagando unos 200 euros al mes por una casa de dos habitaciones en el barrio de Lower Ninth Ward, puerta con puerta con su madre, enfrente de su tía, y con una red para el cuidado de sus hijos que abarcaba a toda su gran familia de Nueva Orleans. Pero con su casa destruida y sin trabajo ni ahorros, sus oportunidades para recrear esa vieja vida son muy escasas.

Para miles de evacuados como

Cole, volver al hogar en Nueva Orleans no es más que un sueño vago que se desvanece. Con condiciones de vida sombrías, no pueden permitirse volver, o no tienen nada a lo que volver. En los dos años

transcurridos desde el Katrina, el impacto de la evacuación ha cristalizado en el nefasto limbo del exilio.

Los evacuados, cuyas opciones se han ido mermando por la inacción del Gobierno, constituyen un marcado contraste con la promesa del presidente Bush del 15 de septiembre de 2005: "Los estadounidenses quieren que los Estados del Golfo de México no sólo sobrevivan, sino que prosperen; no sólo que lo sobrelleven, sino que se repongan", afirmó. "Queremos que los evacuados vuelvan a casa por el mejor de los motivos: porque tienen una oportunidad real de vivir una vida mejor en un lugar que aman".

Sin embargo, a finales de mayo seguía habiendo más de 30.000 familias desplazadas por los huraca-

nes Katrina y Rita, desperdigadas por el país en pisos pagados por el Organismo Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA en inglés), y otras 13.000, cifra que se ha reducido desde un picó de casi 18.000, abandonadas en caravanas o en casas móviles, donde el hambre está tan extendida que se forman colas cuando aparece el camión del banco de alimentos.

Miles de familias ya no dependen de la ayuda para los damnificados. No está claro cuántos se han asentado permanentemente en sus nuevas comunidades, pero los datos postales indican que en el último año más de 56.000 personas han vuelto a Nueva Orleans, que antes de la tormenta tenía una población de 450.000 habitantes, frente a unos 260.000 actuales.

JoAnn Anderson necesita un trabajo. Como empleada de limpieza de hoteles de Nueva Orleans durante 22 años, ha llamado a todos los hoteles y moteles de la guía telefónica de Memphis. Nadie está interesado. Anderson, de 53 años, y su pareja desde hace mucho tiem-

INTERNET: UNA NUEVA REALIDAD

Fotos y archivos de audio adicionales sobre los evacuados del huracán Katrina que todavía confían en volver a Nueva Orleans: nytimes.com/katrina

po, Jeffery Evans, de 52, pertenecen a la categoría de personas para quienes la recuperación está fuera de su alcance. Cerca del final de su vida laboral, poco atractivos para los empresarios, y aun así incapaces de jubilarse desde el punto de vista económico, muchos de ellos están al borde de la ruina, o lo estarán cuando se les agote el subsidio federal para catástrofes.

"Nací pobre; seguramente moriré pobre, y antes de la tormenta me iba bastante bien", comenta Anderson, que asegura que la ciudad no está haciendo nada por facilitarles el regreso. "Ni siquiera intentan arreglar las casas donde la gente pobre, los negros pobres, vivían", se quejaba. "Todo cerró".

En muchos sentidos, los evacuados se han convertido en los nuevos parias de la región, rechazados por las ciudades y los distritos que han erigido una serie de barreras legales para mantenerlos bien lejos.

Al menos cinco jurisdicciones de Luisiana y Misisipi están revocando los permisos para aparcar caravanas o permitiendo que caduquen.

Gwendolyn Marie Allen tiene 55 años y antes vivía en el sector residencial de Uptown en Nueva Orleans. Ahora vive en Renaissance Village, un gran camping de caravanas de la FEMA cerca del aeropuerto de Baton Rouge.

Allen cuida sola de su hijo de 20 años, a quien se le diagnosticó esquizofrenia tras un brote de violencia en el camping, y de su hermano, con una grave discapacidad psíquica, que se acurrca en su litera.

"Quiero salir de aquí, esto no es un hogar", decía. "Quiero algo donde él se pueda mover. Los inquilinos no pedimos tanto, sólo algo para empezar, y ya nos las arreglaremos para sobrevivir."

LOUISIANA
Convent

